

de olvidar en los placeres de un nuevo himeneo, que se jugaba la corona contra los romanos.

El senado tuvo tiempo para acabar sus preparativos: para él, toda guerra era grave, sobre todo aquella en que podía tener á Aníbal por adversario y á Italia otra vez por campo de batalla. No conocía aún la debilidad que envolvían los grandes nombres de Grecia y de Asia, y el sucesor de Alejandro, el príncipe que mandaba desde el Indo al mar Egeo, guiado por el hombre que había destruído tantas legiones, le parecía muy temible.

En cuanto se rompieron las hostilidades, prohibió el cónsul á los magistrados que se alejaran de Roma, y á los senadores que salieran más de cinco á la vez de la ciudad. Sin oprimir al pueblo ni á los aliados, se habían reunido grandes fuerzas: un ejército enviado á orillas del Po contenía á los cisalpinos y cerraba al rey los pasos de los Alpes, si intentaba entrar por la Iliria; otro alrededor de Brindis vigilaba el



Eumenes IV (1)

mar Jonio y protegía las costas contra un desembarco; otro de reserva en Roma, estaba dispuesto á acudir allí donde apareciera un peligro.

La flota era también numerosa y diariamente se aumentaba. Cartago y Masinisa habían ofrecido barcos, veinte elefantes, quinientos númidas é inmensas partidas de trigo; Tolomeo y Filipo tropas, dinero y víveres: el rey de Egipto había enviado ya hasta 1,000 libras de oro y 20,000 de plata; y los dos príncipes se comprometían á pasar á Grecia á la primera orden del senado.

Eumenes, cuyo pequeño reino estaba en peligro de desaparecer muy luego en el vasto imperio de Antíoco, y Rodas, aliada de Egipto, habían puesto todas sus fuerzas á disposición de los romanos.

Cuando se supo que Antíoco había desembarcado en Grecia más bien con una escolta que con un ejército, y que por consiguiente no era de temer la invasión de Italia, ordenó el senado á las legiones de Brindis que enviaran una fuerte vanguardia al Epiro y á Apolonia. Un cuerpo de dos mil quinientos hombres incorporado á otro macedonio, bastó para ahuyentar á los sirios lejos de Larisa, cuya plaza sitiaban.

Estos preparativos, estas levas de hombres, estas marchas de ejércitos, esta guerra comenzada, todo se había hecho sin consultar al pueblo. Los cónsules del año 191, venidos al cargo en los idus de marzo, que á consecuencia de los errores del calendario caían entonces en enero, llevaron á los comicios una declaración de guerra contra el rey de Siria. Nadie se quejó de que un acto tan grave fuera para la asamblea una simple formalidad: el pueblo se había acostumbrado, durante la segunda guerra púnica, á dejar á los Padres Conscriptos la absoluta dirección de los negocios exteriores, que en verdad habían venido á ser demasiado numerosos é importantes para tratarlos en una reunión popular. Era la primera abdicación de su soberanía, y bien se ve que la necesidad tuvo en ello más parte que la ambición del senado. La fuerza de las cosas llevaba á esta preponderancia del gran consejo de Roma, como dentro de siglo y medio llevará á la preponderancia de un hombre. La ambición de las corporaciones y de los individuos no hace por sí sola duraderas las situaciones en los negocios humanos: estas vienen á ser legítimas, cuando las circunstancias his-

(1) Cabeza laureada de Eumenes IV, tomada de una tetradracma.

tóricas las establecen y mantienen. De muchas declamaciones se desembarazará la historia, cuando se reconozca el principio de que la política es la ciencia de lo relativo, no de lo absoluto, y que el mejor de los gobiernos es el que responde mejor á las necesidades presentes de una sociedad.

El cónsul Acilio Glabrión, que iba á mandar en Grecia, fué encargado por el senado, antes de partir, de negociar con Júpiter; no se podría dar otro nombre á la escena que Tito Livio refiere y no era sino una repetición de lo que ya hemos visto en otro lugar.

«Bajo la redacción del pontífice máximo, el cónsul pronunció las palabras siguientes: Si la guerra decretada contra el rey Antíoco termina á satisfacción del senado y del pueblo romano, entonces ¡oh Júpiter! el pueblo romano celebrará en tu honor los grandes juegos por espacio de diez días, y grandes ofrendas se pondrán en tus altares (2).»

Como los hebreos habían hecho alianza con Jehovah, los romanos la hacían con Júpiter; y el dios parecía haber cumplido tan bien semejantes contratos, que los senadores debían esperar que aceptara aún esta promesa condicional: honores y ofrendas por la victoria.

En los idus de mayo acabó de pasar el Adriático el ejército de Brindis y se reunió con el de Apolonia, que había recobrado muchas ciudades tesalianas. Acilio Glabrión lo mandaba. Era Acilio un hombre de oscuro origen, pero un vigoroso soldado, que entre sus tribunos legionarios llevaba dos antiguos consulares, Catón y Valerio Flaco, los cuales tan modestos como bravos aceptaban el servicio de la patria en cualquier puesto que se les señalara.

El cónsul terminó la conquista de Tesalia y avanzó hasta las Termópilas, donde Antíoco, batido en Acarnania por el más débil de los pueblos griegos, esperaba defender el paso con sus diez mil hombres. Pero Catón sorprendió á dos mil etolios apostados en el Calidromo para defender el sendero por el cual había conducido Efiltes á los persas de Jerjes para envolver á Leonidas. A vista de las cohortes romanas, que descendían del Eta, Antíoco, que había detenido á Acilio ante sus líneas en el desfiladero, emprendió la fuga por en medio de la Lóricide hasta Elatea y Calcis, á donde llegó con quinientos soldados, y desde allí pasó rápidamente á Efeso.

La batalla de las Termópilas costó á los romanos doscientos hombres (julio 191). «¡Que Atenas nos pondere ahora su gloria! exclamaban los romanos. En Antíoco hemos vencido á Jerjes.» Durante este combate, la flota romana había apresado, cerca de Andros, un gran convoy de víveres. Ni siquiera había sabido Antíoco garantizar sus comunicaciones en el mar Egeo.

Para estimular el celo de Filipo, le había abandonado previamente el senado todas las plazas de que pudiera apoderarse, y mientras Acilio, revolviendo sus fuerzas contra los etolios, se obstinaba en los sitios de Heraclia y de Naupacto, hacía Filipo rápidos progresos. Ya había conquistado cuatro provincias. Pero Flaminio lo vigilaba, y pasando á Naupacto hizo ver al cónsul el peligro y lo persuadió á conceder á los etolios una tregua que desarmó al rey de Macedonia. Algún tiempo antes había detenido también una expedición de los aqueos contra Mesene, y dejando entrar á esta ciudad en la liga, había estatuído que pudiera recu-

(2) Lito Livio, XXXVI, 2. No hay que olvidar que los juegos públicos tenían un carácter religioso. En 178 hubo de sentirse un terremoto: algunos creen haber visto desviar la cabeza á los dioses convidados á un *lectisternium*, y los ratones se habían comido las aceitunas servidas á la mesa del banquete sagrado. «Para conjurar estos prodigios se decidió que los ediles curules dieran por segunda vez los juegos romanos.» (Id., XL, 59.)

rrir para todas sus diferencias al senado ó á su tribunal; tribunal parcial abierto á todas las quejas contra los aqueos. Ya, en efecto, no conllevaba á este pueblo, que había usurpado á los atamanes la isla de Cefalonia. «Como la tortuga en su concha, seréis invulnerables, les dijo, mientras no salgáis del Peloponeso.» Y les quitó la Cefalonia.

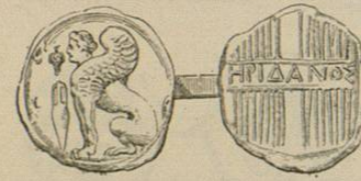
III. - BATALLA DE MAGNESIA (190)—DERROTA DE LOS GÁLATAS (189)

En Efeso hubo de encontrar Antíoco su libertad: sólo Aníbal extrañaba que no hubieran llegado aún los romanos. Dócil á sus consejos por la primera vez, el rey pasó al Queroneso, donde aumentó las fortificaciones de Sestos y de Lisimaquia. En Asia, compró la alianza de los gálatas, so-



Moneda de Efeso (1)

licitó con empeño la de Prusias, rey de Bitinia, y reunió fuerzas considerables para someter, antes que aparecieran los romanos, el reino de Pérgamo y las ciudades griegas, que permanecían libres. Pero mil y cien aqueos, dirigidos por Filopémenes, defendieron tenazmente á Pérgamo; y Livio, con una victoria obtenida entre Quios y Efeso sobre el almirante Polixénidas, tomó del primer golpe el imperio en el mar Egeo. Si los rodios fueron vencidos en Samos,



Moneda de Quios (2)

si Livio fracasó en sus tentativas sobre Efeso y Patara, los primeros repararon su derrota con una batalla naval, en que el mismo Aníbal fué vencido, y el sucesor de Livio destruyó cerca de Mionnesos, la flota siria, á pesar de la destreza de los pilotos de Tiro y de Sidón que la conducían.

Sobre estos combates ha conservado Tito Livio algunos detalles interesantes para la historia de la guerra marítima en la antigüedad.

En el mar Egeo, mandaba el pretor Livio ochenta y un navíos de puente y espolón; eran los barcos de línea; y otros



Galera de espolón

sin puente, pero con espolón, y por consiguiente más ligeros para la evolución, lo que entonces, como ahora, era una de las condiciones de la táctica naval. Esta consistía en tres maniobras: evitar el choque del enemigo, romper sus remos para asaltarlo en seguida, como nosotros procuramos romper el timón ó el hélice para dejar el barco inmóvil, echarlo á pique con el espolón ó tomarlo al abordaje. En las dos épocas difieren los medios de acción, pero el arte de emplearlos es el mismo. En fin,

(1) Abeja entre las letras E y Phi. En el reverso ΔΗΜΟΚΑΗΣ; medio ciervo echado bajo una palmera. Tetradracma de Efeso. La abeja se encuentra en las monedas de muchas ciudades griegas: era el símbolo de una ciudad bien ordenada.

(2) Anverso: esfinge sentada ante un racimo y un ánfora; reverso: ΗΡΙΑΔΑΝΟΣ en una faja hueca.

corredores muy rápidos hacían el servicio de los reconocimientos (3).

Livio esperó en Delos viento favorable para ganar la costa del Asia, y advertido el almirante sirio Polixénidas por los barcos que había apostados de distancia en distancia en el mar de las Cícladas, solicitó del rey que reuniera en Efeso un consejo de guerra. En él representó que los navíos romanos, groseramente construídos, cargados de provisiones y viniendo á navegar por parajes que conocían mal sus comandantes, eran pesadas máquinas que fácilmente podrían destruirse. Con esto obtuvo el permiso de comba-

tirlos, bien que la flota romana, unida á la del rey de Pérgamo, constara de doscientas galeras, casi todas de puente. A la aproximación de los sirios, mandó Livio arriar velas, quitar las jarcias y bajar los mástiles. El combate comenzó entre dos galeras cartaginesas, situadas á vanguardia, y tres sirias: dos de éstas atacaron á uno solo de los barcos cartagineses, el cual desamparado, cayó luego en poder de ellos, siendo degollada toda la tripulación y arrojada al mar. El principio era de mal agüero. Pero entonces Livio empujó adelante su navío, ordenando á los remeros que al caer sobre el enemigo bajaran los remos por una y otra banda para fortalecer el barco por su base, y á los soldados que lanzaran al mismo tiempo los garfios de abordaje. Las dos galeras fueron apresadas y la acción se hizo general. «Las pesadas máquinas romanas,» bien dirigidas por sus pilotos griegos, evitaban las embestidas y las daban tremendas. En poco tiempo fueron apresados trece navíos sirios y echados á pique diez; los demás huyeron del combate.

La acción tuvo lugar á la altura de Córico, no lejos de Focea, y los romanos no habían perdido más que la galera cartaginesa apresada al principio. El espolón de los antiguos producía pues efectos comparables á los de los modernos. En otra ocasión un barquillo rodio echó á pique á una galera siria de cinco órdenes de remos, como en el combate de Lisa un barco de madera hizo otro tanto con un acorazado italiano, por el choque directo.

Para consagrar la memoria del combate naval de Mionnesos, una inscripción grabada en el muro del templo de los dioses de la mar, en Roma, decía que habiendo destruído los romanos, á vista de Antíoco, la armada siria «habían cortado un gran debate y triunfado de los reyes.»

Hacían bien en guardar el recuerdo de aquellas victorias navales, porque habían decidido de antemano la cuestión entre Roma y Antíoco.

La victoria de Mionnesos abría á los romanos el camino de Asia. ¿Qué caudillo iba á conducir allá las legiones? Los cónsules del año 190 eran Lelio y Lucio Escipión; éste pasaba por un mediano general; y su colega, que deseaba conducir esta guerra, pidió al senado, con el cual creía contar, que no sacara, según uso, las provincias por suerte, sino que hiciera por sí mismo su distribución. Escipión aceptó la propuesta, y se esperaban vivas discusiones, cuando el Africano declaró que si se enviaba á su hermano contra Antíoco, él le serviría de teniente. Esta promesa arrastró casi todos los sufragios.

Los dos hermanos partieron para la Grecia con refuerzos que robustecieron el ejército de Acilio, cuyo mando nominal tomó Lucio Escipión: cinco mil veteranos de Zama se

(3) Los antiguos tenían también algo análogo á nuestros brulotes. Algunos meses después del combate de Córico, sorprendida la flota rodia por Polixénidas, fué destruída, á excepción solamente de siete galeras, que se abrieron paso al través de la batalla, gracias al terror inspirado por unos fuegos que en largas pértigas llevaban en la proa (Tito Livio, XXXVII, 11 y 30).

habían alistado voluntariamente para seguir á su glorioso general. Los Escipiones se desembarazaron de los etolios concediéndoles una tregua de seis meses, y luego atravesaron la Tesalia y Macedonia.

Ganado Filipo y aun agradecido por el envío de su hijo Demetrio y la condonación del tributo, había hecho preparar víveres, abrir caminos y echar puentes sobre los ríos. Lisimaquia habría podido detener el ejército, Antíoco la evacuó y los romanos ocuparon sin combate el Quersoneso de Tracia en el momento en que la victoria de Mionesos arrojaba del mar Egeo las flotas sirias. El paso del Helesponto que habría debido ser disputado tan vivamente, se efectuó sin obstáculo; y al fin, espantado el rey, pidió la paz y procuró ganar á Escipión devolviéndole á su hijo que había sido hecho prisionero.

El Africano contestó: «Es ya demasiado tarde; los caballos están ya embridados y los jinetes con el pie en el estribo. Con todo eso, si el rey de Siria indemniza los gastos de la guerra y abandona el Asia hasta el Tauro (1), todavía se pudiera hacer la paz.»

Una batalla no podía quitarle más; Antíoco quiso á lo ménos arriesgarla, y Lucio se apresuró á dársela en ausencia de su hermano, que se había quedado malo en Elea. Era el día 5 de octubre del año 190, cerca de Magnesia del Sipilo, en el valle del Hermos: treinta mil romanos (2) iban á combatir contra ochenta y dos mil asiáticos, cincuenta y cuatro elefantes, numerosos carros armados de guadañas, una falange de 16,000 lanzas, camellos montados por arqueros árabes, catafractarios revestidos de hierro ellos y sus caballos, etc. Pero este ejército lo tenía todo, menos valor. Dícese que cincuenta y dos mil sirios quedaron muertos ó prisioneros, mientras el cónsul solamente perdió trescientos cincuenta hombres. Únicamente los gálatas se batieron bravamente.

No quedaba ya más que tratar y las condiciones fueron severas. El senado prohibió al rey toda guerra en el Asia Menor; lo desposeyó de todos sus elefantes, que dió á Eumenes, y de todos sus barcos que incendió, como hizo con los de Cartago y de Filipo. Prohibióle igualmente hacer levas en Grecia, es decir, tener ejército, y como en otro tiempo, Atenas á Artajerjes, navegar más allá del promontorio Sarpedón. En fin, expulsándolo del Asia Menor, se fijaba en el Tauro el límite de sus Estados.

Fuera de esto, se le imponía una contribución de guerra para Roma de 15,000 talentos euboicos (84 millones de francos) y para Eumenes, otra de 400 talentos (2.240,000 francos) (3). Se le quiso también deshonrar exigiéndole que entregara á Anfibal, Toas, algunos de sus consejeros y veinte rehenes, que debía cambiar cada tres años, y entre ellos se tuvo buen cuidado de incluir á su segundo hijo.

Antíoco hubo de dar todavía las gracias al senado por no haberle pedido más. Para abatir á Macedonia y á Cartago, las legiones romanas tuvieron que hacer tres guerras; Siria cayó al primer golpe, y como si la espada de Roma hiciera heridas incurables, no se volvió nunca á levantar.

Cuando Manlio Vulso fué á recibir el ejército de manos

(1) Le dió, sin embargo, el consejo equivoco de no combatir, mientras él (Escipión) estuviera alejado del ejército. (Tito Livio, XXXVII, 37.) Polibio no habla de esto; bien es verdad que su libro XXX está muy mutilado.

(2) Tenían además 5,000 voluntarios macedonios, tracios, pergamenses, etc.

(3) Antíoco debió pagar el mismo día del tratado 500 talentos, 2,500 después de confirmada la paz por el pueblo romano, y el resto en doce años á razón de 1,000 cada uno. Puede verse el tratado en Polibio (XXI, 14).

de Escipión, encontró casi ajustadas las condiciones de la paz y terminada la guerra (189). Pero su ambición y su avidez se enardecieron en aquella rica tierra de Asia, donde tan fáciles eran los triunfos. Por otra parte, parecía político ir á ostentar las armas romanas á aquellos países de que se acababa de expulsar al rey de Siria, y donde sus sátrapas, sus aliados, estaban predispuestos á considerar su derrota como una liberación de toda servidumbre. Los gálatas habían dado algunos auxilios á Antíoco, y Manlio les pidió cuenta de ello. Para esta guerra no tenía decreto del pueblo, ni autorización del senado; pues prescindió de tales requisitos; y para hacer la expedición más productiva para sí mismo, á la vez que más útil para la república, huyó de tomar el camino más corto, á fin de que mayor número de pueblos sintieran sobre su cabeza la mano de Roma.

De Efeso pasó al valle de Meandro; de aquí subió las pendientes del Tauro hasta el Termeso, plaza muy fuerte, que cerraba el desfiladero por donde se baja á la Panfilia. Después de haber ostentado sus estandartes á la entrada de esta provincia, lo que bastó para infundir respeto al nombre romano, atravesó la Pisidia y la Frigia y llegó á orillas del Sangario. En el camino ponía á rescate las ciudades (4), las provincias y todos aquellos pequeños príncipes independientes entonces, como lo fueron tanto tiempo en sus inaccesibles retiros, sin reconocer señor, mientras no le pagan tributo. Hasta el Sangario no hubo más que fatigas; pero allende el río comenzó ya la guerra.

Hacía noventa años que los galos estaban en Asia. Su fogoso valor, su afición á las correrías lejanas se habían amortiguado en ellos; pero si se han exagerado sus fuerzas, como las de todos los adversarios de Roma en aquella época, si la concurrencia de

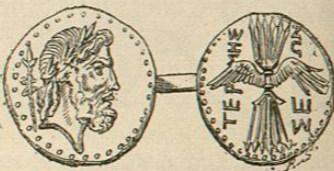
los griegos y el bajo precio de los mercenarios cretenses y etolios disminuían su número en los ejércitos de Siria y Egipto, si el tiempo en que disponían de las coronas de estos dos reinos había pasado ya, siempre eran el pueblo más bravo del Oriente. Las poblaciones que temblaban ante ellos, veían con júbilo que los romanos se encargaran de librar de ellos al Asia. En toda la Frigia, salían las gentes á recibir á las legiones, y en Pessinunte, los sacerdotes de Cibeles prometieron en nombre de la diosa un camino fácil y una victoria segura. Dos reyes solamente, Ariarato de Capadocia, yerno de Antíoco, y Murces de Paflagonia, comprendieron que los galos eran el último baluarte de su independencia, y fueron á reforzarlos con un ejército de cuatro mil hombres escogidos.

Los galatas se atrincheraron en los montes Olimpo y Magaba: Manlio atacó primero á los trocres y tolisoboyos en el Olimpo. La imprudencia de los galos, que no se habían provisto de armas arrojadas, permitió al cónsul hacer de lejos en ellos una gran carnicería.

Después de este primer triunfo, se dirigió el vencedor á la gran ciudad de Ancira, adonde acampó. Unos diputados

(4) *Consul mercenarius... vagari eas cum belli terrore per nationes, quibus bellum indictum non sit, pacem pretio vendentes* (Tito Livio). Aspenda, Sagalasa, Telmes, Tabes tuvieron que pagar 50 talentos cada una; las demás ciudades á proporción. El tirano de Cibira ofrecía 25; Manlio exigió primero 500, después se contentó con 100, más 10,000 medimnos de trigo.

(5) Cabeza de Júpiter, detrás un cetro, por una cara, y por otra el nombre de la ciudad y un haz de rayos alados. Moneda de cobre.

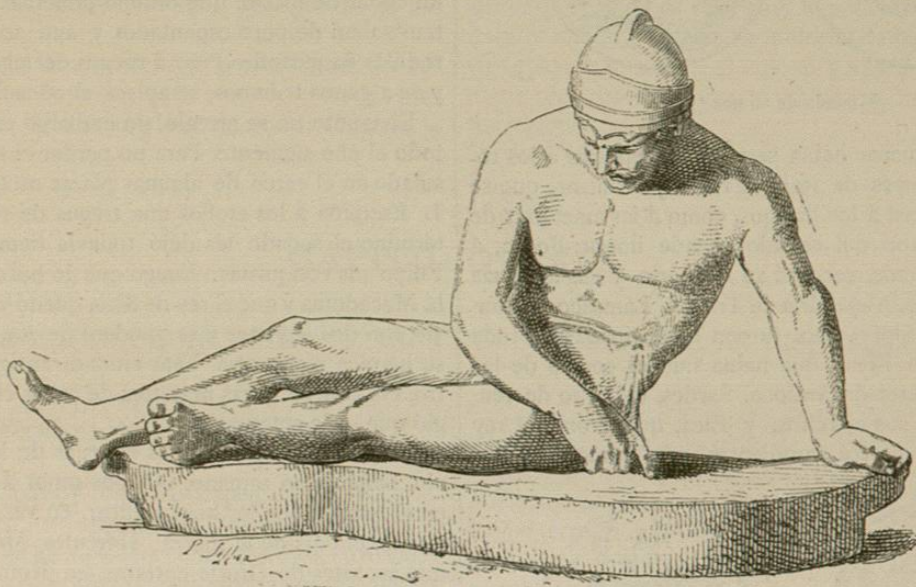


Moneda de Termeso (5)

tectosagos se le presentaron á abrir supuestas negociaciones, que ocultaban un lazo. El cónsul estuvo para caer en él, y su ejército fué, por lo mismo, más impetuoso en el ataque; y como el enemigo fué tan imprevisor en Magaba como en el monte Olimpo, su descuido tuvo idénticos resultados. Forzados los dos campamentos, el resto de la nación pidió la paz; y satisfecho Manlio con haber roto aquel poder y difundido á la redonda el terror del nombre romano con esta expedición contra un pueblo bravo y temido, no les impuso tributo ni cláusula humillante. Era hábil ligar á la fortuna de Roma á aquel pueblo enemigo de todos los pueblos de Asia. Los gálatas devolvieron solamente las tierras que habían usurpado por la fuerza á los aliados de los

romanos, se obligaron á no salir de su país en son de guerra é hicieron alianza con Eumenes.

Entre los cautivos que cayeron en manos de los vencedores, hallábase Quiomara, mujer del tetrarca Ortiagón. Un centurión romano la ultrajó, y disimulando ella su agravio, obtuvo de su forzador que le devolviera su libertad mediante una suma de dinero. Un esclavo galo fué á prevenir á sus deudos, y cerrada la noche el centurión condujo á Quiomara á la orilla del río, adonde había de hacerse el rescate, habiendo querido de suyo ir solo para no tener que compartir con otro la cantidad que dos parientes de la cautiva habían traído. Mientras el centurión contaba su oro, manda Quiomara en su lengua á los dos galos que lo ma-



Gálata moribundo (1)

ten, y obedecida, toma la ensangrentada cabeza, y llegado que hubo á su casa la arroja con indignación á los pies de su esposo, haciéndole saber el ultraje al mismo tiempo que su venganza.—«¡Oh mujer! exclama el tetrarca; la fidelidad es una gran cosa!—Sí, pero aun hay otra cosa mejor, y es que, mientras yo viva, no puedan preciarse dos hombres de haberme poseído.»

Fuera lisonja, fuera júbilo sincero de verse libres de aquellos piratas, todas las ciudades de Asia ofrecieron á Manlio coronas de oro. Una contribución de 300 talentos, impuesta á Ariarato, vino á aumentar el inmenso botín que el cónsul arrastraba tras sí. Pero aquel ejército tan rico había perdido su disciplina. El general que de su propia autoridad hacía la paz ó la guerra, no podía reclamar de sus legiones la obediencia, que él mismo negaba al senado (2).

Mal que pesara á los diez comisarios adjuntos, volvió por segunda vez hasta Panfilia procurando atraer á Antíoco á una conferencia para prenderlo y buscando un pretexto de guerra para pasar el Tauro, límite funesto allende el cual, no prometía la Sibila á los romanos más que desastres. Sin embargo, esta expedición había hecho ver las águilas roma-

nas á los pueblos del Asia Menor y hecho entrar en la política del senado, ó puesto bajo su influencia á todos los países hasta el Eufrates. De vuelta á Efeso, Manlio y los comisarios arreglaron la suerte de los aliados.

En la distribución de los despojos, tocó á Eumenes la mejor parte, las más ricas provincias del Asia Menor y las posesiones de Antíoco en Europa; Prusias rey de Bitinia le devolvió lo que le había arrebatado de la Misia. ¡Qué brillante fortuna para un rey de Pérgamo! De la Tracia á la Cilicia todo le pertenecía ahora. Pero el senado perdonaba á Prusias y al rey de Capadocia Ariarato, el cual, sin embargo, pagó 200 talentos por algunos auxilios suministrados á Antíoco; no imponía á los gálatas sino muy moderadas condiciones, y rehusaba entregar á Eumenes las colonias griegas, que por sí solas valían más que todas aquellas provincias semi-bárbaras.

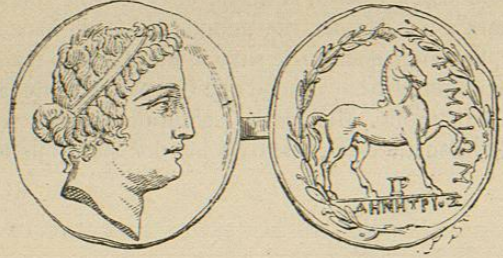
Así, el nuevo reino de Asia, formado de veinte pueblos diferentes, sin unidad, sin fuerza militar, sin fronteras, y rodeado de poderosos rivales, no tenía ninguna de las condiciones que hacen duraderos los Estados. La alianza de Roma no era más que una dependencia disfrazada, porque ya comenzaba «la costumbre de tener reyes por instrumentos de servidumbre.» Nadie se engañaba ya sobre este punto; y en pleno senado, y en presencia de Eumenes, solía decirse: «El imperio de Roma se extiende ahora hasta el Tauro.»

Las flotas rodias habían sido más útiles que los barcos y los tres mil auxiliares de Eumenes: Rodas, sin embargo, obtuvo menos porque parecía ya demasiado poderosa, y tuvo que contentarse con algunas anexiones en la Caria y en la Licia, donde muchas ciudades quedaron libres. A lo

(1) Esta bella estatua es probablemente una de las que enumera Pausanias (I, 25, 7) cuando refiere que Atalo de Pérgamo hizo donación á Atenas de estatuas de gigantes, Amazonas, medos y galos, que fueron colocadas en la Acrópolis. Créese que algunas de estas estatuas fueron transportadas á Roma, y tres están hoy en Venecia.

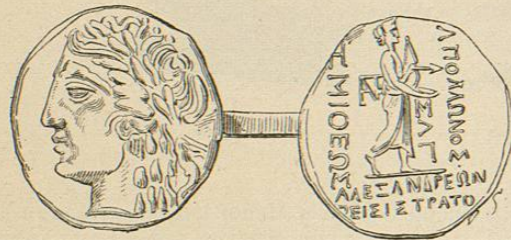
(2) *Disciplinam militarem... omni genere licentiae corrupisse* (Tito Livio, XXXIX, 6). Ya los soldados de Emilio habían entrado al pillaje en Focea, á pesar de los tratados y las severas prohibiciones del pretor (Ibid., XXXVII, 32).

largo de la costa, en la Troade, la Eolide y la Jonia, Cumas, Colofón y casi todas las colonias griegas obtuvieron la inmunidad con nuevos territorios y honores. Mileto obtuvo el campo sagrado; Clasmene, la isla Drimusa, que domina el golfo de Esmirna; Ilión, como cuna del pueblo romano, se agrandó con el territorio de dos ciudades vecinas y Dárdano debió al mismo título su libertad. Quíos,



Moneda de Cimes (1)

que durante la guerra había servido de depósito á los romanos para convoyes de Italia; Eritrea y Esmirna, que se habían resistido, así á los halagos, como á las amenazas de Antíoco, merecieron del senado grande honor; Focea, á pesar de su defección, recobró su territorio y sus antiguas leyes; Landramitis, Alejandría de Troade, Lamsaco, Eleonte, Magnesia de Sipilo, etc., fueron emancipadas de toda dominación. Pero Efeso, que había sido el centro de las operaciones militares de Antíoco, Sardes, el punto de reunión ordinario de sus ejércitos, y Elea, quedaron del rey de Pérgamo. En fin los panfilienses, que Eumenes y An-



Moneda de Alejandro de Troade (2)

tíoco se disputaban, obtuvieron la libertad á título de aliados de Roma. En cuanto á los gálatas, Roma no tocó ni á su libertad ni á su territorio, pero destruyó su fuerza militar y el prestigio de su poder, y les prohibió pasar sus fronteras. Mas lejos al E. los dos sátrapas de Armenia, que gobernaban esta provincia por Antíoco, fueron autorizados á tomar el título de reyes (188).

Mientras Manlio acababa la guerra, su colega Fulvio atacaba á Ambracia, como los gálatas lo habían sido, sin declaración de guerra, para acabar con los etolios.

En vano había pedido la paz este pueblo, después de la batalla de las Termópilas: envolviendo el senado sus res-

(1) Cabeza de mujer, por una cara; y por otra ΚΥΜΑΙΩΝ, nombre de la ciudad, y ΔΗΜΗΤΡΙΟΣ, nombre de un magistrado. Caballo marchando y un vaso especial de Cimes; todo dentro de una corona de laurel. Tetradracma de Cimes.

(2) Apolo laureado por el anverso; y por el reverso ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΩΝ, nombre de los habitantes de la ciudad: ΠΕΙΣΙΣΤΡΑΤΟ, nombre del magistrado; ΑΠΟΛΛΩΝΟΣ ΙΜΙΘΕΩΣ, en lugar de Σαυθός, el matador de ratones, nombre del dios con uno de sus numerosos sobrenombres; en fin, la fecha ΣΔΓ (233). Apolo Esmintio con un arco y una flecha. Detrás del dios un monograma. Tetradracma de Alejandría Troas. La era á que pertenece la fecha 233, comenzó el año en que Lisímaco cambió el nombre de Antigonía por el de Alejandría, y este año es 454 V. C. = 300 antes de J. C. La pieza fué acuñada el 67 antes de nuestra era. (Nota de M. de Sauley.)

puestas con palabras ambiguas, exigía que se entregara á la fe romana. Por fin, aceptaron sus magistrados; pero luego que el cónsul Acilio les hubo explicado que aquellos términos querían decir que era preciso entregar á Roma á los que habían fomentado la guerra, los magistrados protestaron, diciendo que aquello era contrario al uso de los griegos. Alzando Acilio entonces la voz, menos por cólera que por hacer sentir á los diputados á qué estaban reducidos los etolios y dominarlos por el terror: «Hacéis bien, griegucillos, les dijo, hacéis bien en alegar vuestros usos y advertirme lo que me conviene hacer, después de haberos abandonado á mi fe. ¿Sabéis que depende de mí cargaros de cadenas?» Y las hizo traer en aquel punto, como también un collar de hierro, que ordenó ponerles. Los embajadores temblaban de puro espantados y aun se les doblaban las rodillas flaqueando. Pero á ruegos del legado Valerio Flaco y de algunos tribunos, se aplacó el cónsul (191).

El asunto no se arregló sin embargo esta vez, ni aun en todo el año siguiente. Para no perder el tiempo de su consulado en el cerco de algunas plazas oscuras, hubo de dar L. Escipión á los etolios una tregua de seis meses, á cuyo término el senado les dejó todavía tiempo para quitar á Filipo sus conquistas. Luego que lo hubieron empujado á la Macedonia y que el rey de Siria quedó vencido, llegó Fulvio con dos legiones y se apoderó de Ambracia, á pesar de su heroica resistencia. Esta ciudad, antigua capital de Pirro, era rica en obras maestras de todas clases y Fulvio exigió que se le entregaran.

En este botín estaban las estatuas de las Musas, y Fulvio, como buen romano, dió por señor á las nueve diosas en el templo que les hizo edificar, en vez del dios de la armonía, el dios de la fuerza: Hércules Musageta. Bien era que las artes de Grecia entraran en Roma como botín de victoria.

Los etolios, ya solos, compraron la paz á precio de oro, entregando 500 talentos, y reconocieron el imperio y majestad del pueblo romano (3). «No darán paso, decía el tratado, á ningún ejército que venga en son de guerra contra los romanos, sus aliados ó sus amigos (*socios et amicos*); tendrán por enemigos á los enemigos del pueblo romano y tomarán las armas contra ellos; entregarán los trófagos, los esclavos fugitivos y los prisioneros de guerra; entregarán asimismo á elección del cónsul, cuarenta rehenes de doce años ó menos, de cuarenta años ó más, incluyendo en ellos su estrategia, su maestre de caballería y su escribano público.

A lo menos este pueblo, tan pequeño y todo, había honrado su derrota con su valor y arrostrado durante tres años el poder de Roma. Las ciudades, que en otro tiempo habían formado parte de la liga, fueron separadas de ella, para recobrar lo que el senado llamaba su libertad; pero Cefalonia recibió guarnición romana. Esta isla, que domina la entrada del golfo de Corinto y desde donde se ve distintamente la Elide, iba á ser una de las etapas de las flotas romanas que partieran de Brindis para Grecia. Ocupando á Corcira, Zante y Cefalonia, tres excelentes puertos, de fácil defensa, era el



Hércules Musageta (4)

(3) *Imperium majestatemque populi Romani* (T. Livio, XXXVIII, 11). La Etolia era tan rica de despojos, que Polibio (XXI, 3) habla de un etolio poseedor de 200 talentos, y de haber hecho consignar en el tratado que podrían pagar en oro más bien que en plata, condición que aceptaron los romanos, siempre que la moneda de oro valiera diez de plata, lo que da la relación de los dos metales en aquella época.

(4) Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 1772 del catálogo.

senado ya dueño del Adriático. Había elegido bien: los ingleses hicieron lo mismo, cuando quisieron que nada pasara por aquellas aguas sin su beneplácito.

Para no permanecer en la inacción, durante las expediciones continentales de los dos cónsules, el comandante de la flota había ido, sin decreto del senado tampoco, á amenazar á los cretenses con una agresión, si no entregaban los prisioneros romanos llevados ó vendidos en la isla, y en virtud de intimación tan atendible le fueron entregados hasta cuatro mil. Fulvio también, por su parte, había prescrito activas investigaciones para encontrar todos los cautivos. Era una regla de la política romana y condición que los generales consignaban en todos los tratados; y esta solicitud, que los honra, los hacía merecedores de la abnegación de sus soldados.

Entre tanto volvía Manlio del Asia por la Tracia, con sus legiones, que apenas bastaban para escoltar el botín. Emboscados á lo largo del camino, los tracios le arrebataron la

mitad de los bagajes y pusieron dos veces el ejército en peligro. Pero Filipo no estaba en aptitud de aprovecharse de ello; abrió otra vez la Macedonia á los romanos y Manlio pasó de nuevo el Adriático, sin que un solo legionario quedara en Grecia ó en Asia. El senado cumplió lo que había prometido: donde quiera, en los dos continentes y en las islas, los griegos eran libres, y de tantas conquistas no conservaba Roma ni una pulgada de tierra. La comedia iniciada con tanto éxito por Flaminio en los juegos ístmicos estaba representada. Pero al retirarse, después de haber rebajado ó deprimido todo lo que conservaba alguna energía, la Macedonia, la Siria, los etolios, los gálatas, dejaban tras sí las legiones en cada ciudad, en cada Estado, un partido afecto que hacía por el senado la policía de la Grecia y del Asia. Y enfrente de aquella multitud de pequeños príncipes y pueblos se levantaba el colosal poderío de Roma con su fuerte organización militar y política, su senado tan hábil y sus legiones tan bravas.

CAPITULO XXIX

SEGUNDA CONQUISTA DE ESPAÑA. - SUMISION DE LA CISALPINA

I. - OPERACIONES EN ESPAÑA. (197-178)

Durante estas fáciles y brillantes expediciones, otras legiones sostenían en los extremos del Occidente y aun en la misma Italia, una lucha mortífera contra pueblos, cuyo valor se enardecía con la esperanza de otra vida mejor, prometida á los valientes, muertos al filo de espada enemiga. Después de Zama, el senado se había creído dueño de España: la sublevación de Mandonio y de Indíbil, aquellos inquietos aliados de los Escipiones (1), y el levantamiento de los sedetanos, hubieron de parecer la última protesta de la independencia ibérica; pero cuando, en 197, el envío de dos pretores y una tentativa hecha para organizar á España en provincias romanas les hicieron ver que el senado se proponía conservar su conquista, los indígenas que sólo le habían ayudado para librarse de los cartagineses, respondieron alzándose en masa contra el extranjero. El pretor Sempronio Tuditano perdió la vida en el encuentro y aquella batalla vino á ser la señal de una guerra de siglos.

Los lusitanos, que habían vencido al grande Amílcar y á quienes no se atrevió Aníbal á atacar, los vaccenses, los vetones y sobre todo los celtíberos, desempeñaron el primer papel en aquella heroica lucha. Atrincherados en las montañas del centro de la península, en las mesetas de donde el Guadiana, el Tajo y el Duero descienden por abruptos desfiladeros, los celtíberos cortaban las comunicaciones de los romanos, mientras teniendo ellos fácil acceso á los valles, daban la mano á los pueblos sublevados. Como no poseían grandes ciudades por donde se pudiera contener al país, sus villajos y sus castillos desparramaban la guerra y la hacían eterna, como quiera que la toma de cada uno de ellos no daba á los romanos más que áridas rocas. Al Este, al con-

(1) Se habían sublevado después de la partida de Escipión y fueron vencidos en una batalla en que murió Indíbil. Después de esta derrota, entregaron las armas, rehenes y trigo para seis meses, sayos y togas para el ejército y un tributo doble para el tesoro; en fin, á Mandonio y demás jefes, á quienes los romanos dieron muerte (Tito Livio, XXIX, 1 y 3).

(6) *Gladio Hispaniensi detruncata corpora, brachiis cum humero absicis... patentiisque viscera... pavidi cernebant. Ipsum quoque regem terror cepit.* (Tito Livio, XXXI, 34.)